

Reproducción

Número 107. — Tomo VI.

10 de Mayo de 1924.

Director:

Elias Jiménez Rojas

San José de Costa Rica

Apartado 230

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques & Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Cartetas

Menús, etc., etc.

Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.



REPRODUCCION

No. 107 * 10 de mayo de 1924 * Tomo IV

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

La Estulticia Contemporánea

por Hilaire Belloc

Puede decirse que la necedad asume caracteres especiales propios de la época. No pasa lo mismo con la inteligencia, que pertenece a todos los tiempos.

Ahora bien, ¿cuáles son los ejemplos principales y cuál es el carácter o esencia de la necedad moderna? Es más fácil responder a la primera pregunta que a la segunda. A favor de la observación descubriremos fácilmente numerosos ejemplos de la necedad moderna; pero destilar de allí la quinta-esencia de la necedad misma es cuestión muy diferente. Trataré de responder a ambas preguntas, pero desconfío

de dar respuesta satisfactoria a la segunda.

El primero y más relevante ejemplo de la necesidad moderna es la presunción de conocimientos que no se poseen. Por presunción no quiero decir simulación. Esto no sería necesidad; sería fraude y charlatanería, defectos que están muy lejos de ser necesidad. No; quiero decir, la presunción inconsciente de conocimientos que se arroga de hecho el interesado; y esta forma de necesidad se descubre hoy dondequiera en grado superlativo. Casi todos los hombres cultos de Inglaterra presumen que los Estados Unidos son producto de la civilización inglesa. Casi todos los hombres cultos de Alemania presumían antes de la guerra, como cosa establecida, que la latente y descuidada cuestión de Irlanda absorbía las energías políticas de Inglaterra. Casi todos los hombres cultos de la raza blanca presumen que cada una de las mil *hipótesis* científicas es un hecho comprobado.

Cuando yo era joven, todos los hombres ilustrados de la raza blanca hablaban de cierta raza «aria» de la cual

descendíamos todos los jaféticos, la cual residía originalmente en el Asia, al norte de las montañas índicas, y que después se dispersó hacia el sur y el oeste. No decían que ésta era una vaga conjetura, basada en cierta lejana similitud entre los idiomas usados en gran parte de la tierra; no decían que la cosa era posible; no decían siquiera que era probable. Hablaban del asunto como pudieran hacerlo de un viaje que hubieran emprendido personalmente de Londres a París. Decían: «Cuando la raza aria inició su gran migración hacia el oeste,» exactamente como hubieran dicho: «Cuando yo tomé el tren de Madrid a Sevilla.» Oyéndoles discurrir y leyendo sus escritos podía uno imaginar que habían sido testigos oculares y aun participantes en la gran migración. Todo ello era conjetura, todo deleznable hipótesis; y cuando hipótesis posterior sugirió que «el centro original» del pueblo «ario» había sido la Escandinavia, acogieron el nuevo ripio con la misma hechicera ligereza y la misma intrépida seguridad. Estos son solamente ejemplos tomados entre un millar, y la actividad de esta

locura sigue aguijoneando todas las conjeturas posibles.

Esta forma de necedad moderna es tópico tan fascinador que apenas si puedo arrancarme del asunto. Siento la tentación de escribir acerca del documento «Q,» que se supone haber sido el origen de los evangelios, y del cual habla todo el mundo como si se tratara de algún libro real, de la última novela puesta a la venta en las librerías. Siento la tentación de escribir acerca del hombre primitivo y de todos sus detallados hábitos, de los cuales nada sabemos, pero que una legión de escritores populares describe y un millón de lectores cree a pie juntillas como si fueran los hábitos domésticos de su propia familia. La falta de espacio no me permite proseguir aquí en esta seductora vía.

Observamos en seguida el verdaderamente asombroso hábito de deducir de palabras en vez de deducir de ideas. Cuando acontece que la misma palabra se emplea para expresar dos ideas del todo diferentes, la mente moderna parece incapaz de distinguir la idea y reposa en la palabra con absoluta seguridad.

Por ejemplo, la palabra «elegir». El sistema representativo funciona mal. Los hombres se sienten perplejos ante este mal funcionamiento. Dicen: —Nosotros *elegimos* a estos representantes, y sin embargo, de una u otra manera, no actúan en la forma que quisiéramos—. Imaginan que la elección de representantes es lo mismo que la elección de un sombrero que ajuste a la cabeza. Les sorprendería muchísimo que un hombre eligiera un sombrero que se le hunde hasta las orejas. Creen, al parecer, que la «elección» de un representante político es operación análoga, y se extrañan de que el representante no corresponda a su elección como correspondería el sombrero. Sin embargo, la distinción es tan sencilla que un niño debería reconocerla. La palabra «elegir» expresa dos ideas totalmente diversas. Se pide o se compele a una masa heterogénea compuesta de millares de hombres, desconocidos todos el uno al otro, que elija mecánicamente entre dos o tres nombres: simples símbolos, y muy pocos. La idea de elegir individualmente uno entre muchos y varia-

dos instrumentos tiene conexión tan remota con la de una gran masa incipiente votando por uno entre dos nombres, como la idea de formular una factura la tiene con la de escribir poesía.

Ambas representan la acción de escribir, pero la escritura correcta en un caso es algo enteramente distinto de escribir correctamente en el otro. La elección que hace un hombre de cierto instrumento entre otros muchos es un acto individual sobre el que ejerce su propio criterio el individuo, sea cual fuere el grado de precisión requerido. La elección de un representante, si es que puede calificarse de acto, no es otra cosa que un acto aisladamente colectivo que sólo permite un número en extremo reducido de alternativas—dos por lo general—y alternativas desconocidas (con excepción de pequeñísimo número de puntos) para quienes llevan a cabo la elección. Tres generaciones de experiencia han demostrado que el sistema representativo, por intermedio de grandes agrupaciones, está destinado a fracasar. Es un fraude, una tiranía, una sinra-

zón; es incapaz de funcionar; y sin embargo, todavía por algún tiempo —no muy largo— el hombre moderno continuará empleándolo desesperadamente, insistiendo en esperar contra toda probabilidad que esta rueda cuadrangular arrastrará el vehículo, porque en su confusa noción la palabra «rueda» simboliza algo redondo; esperando que la apagada estufa habrá de calentarlo, porque la palabra «estufa» sugiere calor. Alguna violenta catástrofe o alguna tiranía intolerable le obligará al cabo a abandonar su locura, lo cual no habrá logrado la razón, aunque la razón está allí a la mano, si solamente el hombre quisiera escucharla.

Y hé aquí otro ejemplo de la necedad moderna: el concepto de que las cualidades susceptibles de medición son las *únicas* cualidades que determinan una cosa.

A causa de que el aumento o disminución del calor puede medirse por el termómetro, a causa de que el aumento o disminución de la presión atmosférica puede medirse por el barómetro, a causa de que también es

posible medir la humedad y otras condiciones del aire, se imagina que la percepción no puede extenderse más allá. Se juzga singular, afectado o falso al hombre que encuentra un clima totalmente distinto de otro, a despecho de proporciones idénticas en los elementos susceptibles de medición: de medición con los instrumentos de que disponemos al presente. Si careciéramos de instrumentos para medir la presión barométrica o la tensión eléctrica, el hombre que percibiera tales condiciones sufriría las burlas de este tipo universal de necesidad.

Si se atribuyera a cualquier proceso cierto carácter que úno haya presenciado y sentido, mas para el cual no existan instrumentos de medición, la afirmación sería indudablemente rechazada. Y en conexión con esta forma de ineptitud hay todavía un tipo inferior de necesidad; porque hay necesidad moderna que toma la medición por instrumentos como norma a que debe adaptarse la experiencia humana, y la escala de dichos instrumentos como escala de las sensaciones

humanas. A menudo se oye decir a la gente que el cambio de una temperatura a otra representó «un descenso de dieciséis grados», como si el pasaje de los treinta y dos grados centígrados en el calor del día a quince grados por la noche fuera la misma cosa que el descenso de quince grados sobre cero a uno bajo cero. De acuerdo con este razonamiento, supongo que estos incomparables pensadores modernos dirían que el hombre que pasara de un refrigerador a una temperatura de treinta y ocho grados en la sombra, experimentaría una impresión igual a la de quien, marcando el termómetro treinta y ocho grados centígrados en la sombra, se arrojara al agua hirviendo a temperatura de cien grados.

Esta nueva enfermedad del intelecto, esta negación métrica de la experiencia, afecta nuestra vida entera. Se manifiesta con abominable vigor en las estadísticas modernas. Una vez que los hombres han acumulado estadísticas aplicándolas a cualquiera de los factores de un problema, derivan sus conclusiones como si no existiera otro factor alguno.

Tomemos, por ejemplo, las estadísticas sobre la vida. Sucede a veces que va úno a cierta población que, con sólo abrir los ojos, se observa ser un pueblo sano, vigoroso y feliz. El censo registra mayor proporción de mortalidad, menores expectativas de larga vida, difusión más vasta de alguna dolencia específica que en otro pueblo que, con sólo abrir los ojos, se descubre ser apático, débil, miserable; y quien formula el censo, y la multitud que acepta su autoridad, llama al pueblo feliz y vigoroso menos «sano» que el débil y miserable; prefieren creer tal insensatez en vez de atenerse a la simple realidad.

De un lado, tenemos cien seres humanos, llenos de vigor y aptitudes, buenos cantantes, buenos arquitectos, buenos guerreros. Entre ellos, cinco mueren de determinada enfermedad en cierto tiempo, y el término medio de su vida es cincuenta años. De otro lado, tenemos otro pueblo melancólico e inerme, cuyos edificios ofenden el buen gusto, cuya dicción es áspera y sus canciones insípidas, cuya presencia sobre la tierra es desagradable para

todos y, a la verdad, para sí mismos, en tanto que la duración de su vida es cinco años más prolongada que la de los primeros. La necedad contemporánea tendrá la impudencia de afirmar que el segundo grupo es «más sano» que el primero. Y cosa todavía más asombrosa, la necedad contemporánea aplica este criterio erróneo a la práctica. Los políticos se lanzan a la guerra o formulan una política extranjera basándose en las estadísticas, y luego se rascan la cabeza ante el imprevisto resultado.

No sé por cuál gema decidirme en seguida entre el inagotable tesoro de la necedad contemporánea. Consideremos el caso especial del «objeto aislado.» Representando la vida una suma orgánica, y siendo la felicidad el fin primordial del hombre, la necedad contemporánea se complace en aislar un objeto y tratar de conseguirlo sin llevar en mientes el equilibrio instintivo entre los millares de objetos, la natural coordinación de los innumerables fines que una sana persecución de la felicidad necesariamente demanda. Por ejemplo, renunciando por completo a

algún bien se evitan los sacrificios inherentes a su consecución. Esto es obvio, y a fuer de obvio, es laudable en concepto de los necios. Privándose en absoluto de un goce normal se pone uno a cubierto de los peligros concomitantes. El honor y la caballeridad estorban en la guerra; por consiguiente, cuando se triunfa en una guerra debe sacrificarse toda noción de honor y caballeridad: locura ésta, cuyas amargas consecuencias hemos tenido recientemente la satisfacción de observar en sus más exaltados sectarios. O también, si se desea incrementar la riqueza material de una nación hay que hacer caso omiso de la distribución de aquella riqueza. Hay que dejar que aumente la suma total de nuestra riqueza, aunque la masa de ciudadanos se degrade en la pobreza. O también si la rapidez constituye una ventaja en los viajes, sacrifíquese a esta ventaja la comodidad, o si se quiere comodidad, sacrifíquese la rapidez; y así sucesivamente, a través de la serie entera de posibles estulticias.

Ahora bien, ¿qué es lo que yace en el fondo de estas diversas fases de la sin-

razón moderna? Esto, conforme manifesté al comienzo, es cuestión difícil de responder. Todos podemos observar ejemplos de la estulticia contemporánea; pero es arduo trazar sus huellas hasta su común origen, si es que existe este origen. A buen seguro que la posteridad reirá de buena gana a nuestra costa en época no muy remota; pero es difícil para un contemporáneo conocerse a sí mismo. Mr. Chesterton, con su poderosa visión en tales materias, atribuiría al orgullo la mayor parte de nuestros infortunios (inclusive los infortunios originados por la necesidad, supongo). Mas, ¿constituye en realidad el orgullo elemento predominante en este caso? Indudablemente, es uno de sus elementos; también lo son varias causas mecánicas de menor entidad, tales como la enseñanza (o «educación,» como se la llama oficialmente) de norma mecánica universal, la norma mecánica universal de la prensa, y muchas otras condiciones.

En cuanto a mí toca, empero, descubro vagamente, o creo descubrir, además, otro origen más profundo a la cuestión. Descubro fatiga. Las fuer-

zas de nuestra sociedad están fatigadas. Su incapacidad para atender a los dictados de la simple razón, su aceptación sin protesta del alimento intelectual de cualquier clase que se le brinde, su repetición de todo aquello que se le ordena decir, su adquisición de millones de libros pesados hasta el hastío; todo ello revela, a mi entender, fatiga. Y temo, por lo tanto, que siga el curso establecido y que seamos cada vez más y más necios hasta que alguna tempestad nos sacuda y la civilización se imponga de nuevo.

(Recortado)

Sin la noción de las leyes naturales,
la moral pierde su base

fragmento

Es indudable que la labor intelectual de Grotius y sus sucesores tuvo enorme influencia práctica. (1) No tuvo

(1) La gloria del genial holandés Grotius cuenta ya tres siglos e irá en aumento. Pocas ideas me parecen, pues, tan acertadas como la de Carnegie, de

carácter académico ni pedagógico, ni se concibió primordialmente para favorecer los intereses de nación alguna en particular. Aquellos hombres fueron sinceramente internacionales, y lograron apaciguar durante algún tiempo disturbios entre las naciones y hacer más equitativas las existentes relaciones internacionales. Estas contribuciones fundamentales brotaron todas de una fuente común. Todas encarnaban la idea de las leyes de la naturaleza, que son leyes morales de validez universal. No era nuevo el concepto de que las leyes de la naturaleza son las leyes fundamentales de moral para la conducta humana, en todo sentido y en todo tiempo y lugar. Los moralistas romanos habían puesto en práctica esta idea en conexión con el código romano; era un concepto familiar a

fijar en La Haya el Palacio de la Paz. No obstante el haber sido yo testigo—iba a decir *víctima*—del período de decadencia filosófica iniciado a fines del siglo diecinueve, mi optimismo no está abatido: volveremos hacia Grotius: las actuales llamaradas de Alemania, Rusia y México se apagarán: se realzará la noción de las leyes naturales como base de la moral y habrá paz entre los hombres.

E. J. R.

seglares y a clérigos y, a decir verdad, a todo hombre ilustrado. La iglesia católica había adoptado, como base de su doctrina respecto de la ética seglar, la noción de que no todas las obligaciones se derivan de la revelación divina; más aún: que estas obligaciones expresaban solamente un orden superior y esencial de cosas que no era dado comprender sin ayuda al hombre. Los moralistas y teólogos protestantes aceptaron igualmente este concepto, insistiendo cuando mucho en la existencia de una luz interior en la consciencia del individuo, en que se revelaban y reconocían las leyes de la naturaleza como norma suprema a que debía ajustarse la conducta humana.

Había, por lo tanto, principios y métodos morales universalmente reconocidos en toda la cristiandad; había también consenso general en cuanto a los estatutos del código de obligaciones definidas por dichos principios. La gran obra de Grotius y sus adeptos consistió en estudiar las existentes relaciones internacionales y en criticarlas y organizarlas de acuerdo con el concepto aceptado de las leyes na-

turales. Más de una autoridad contemporánea en jurisprudencia—como Pollack, por ejemplo—ha hecho observar las ventajas obtenidas a favor del concepto de las leyes de la naturaleza en el desarrollo de varias ramificaciones de la ley, tanto pública como privada, y en la práctica de equidad. Todos convienen en que su aplicación al formular ciertos estatutos de conducta internacional ha sido la principal y más conspicua ventaja.

A fines del siglo diecinueve, la noción de las leyes naturales como base de la moral decayó grandemente, quedando en desuso, excepción hecha de los moralistas ortodoxos de la iglesia católica.

Así, en las relaciones internacionales como en otras esferas de la vida, fué debilitándose y desapareció al cabo la noción de una norma universal y definida de moral fundada en las leyes naturales. Aunque se conservara en ciertos textos, era más bien a fuer de convencional deferencia a la tradición, que como fuerza intelectual inspiradora. Pero su decadencia no ha estado acompañada de la práctica de princi-

pio moral alguno igualmente reconocido y aceptado en general. En su lugar surgió una multitud de doctrinas morales, más o menos contradictorias, y ninguna de ellas sostenida con gran convicción, salvo por un pequeño número de ardientes partidarios.

Además, aparte de la cuestión de fortalecimiento religioso, otros factores han dificultado el antiguo concepto de la ley natural. Esta noción estaba siempre asociada con la idea de la razón como fuerza o facultad material tanto como fuerza o facultad intelectual. Las leyes de la naturaleza implicaban que ciertos principios racionales están íntimamente encarnados en la naturaleza del hombre en su relación con el resto de la naturaleza. Obedecer la ley natural era lo mismo que obedecer los dictados de la razón. Y la razón se juzgaba no simplemente como una posesión psicológica del individuo, sino como el vínculo de la unidad social. Aun las leyes de la naturaleza, en su calidad de universales y capaces de «gobernar» ciertos fenómenos empíricos, eran racionales.

Los animales tienen encarnadas en su organismo leyes racionales e instintos a que obedecen sin darse cuenta. La superioridad del hombre consiste sencillamente en su facultad de discernir los principios racionales a que están inconscientemente sujetos los animales y el universo físico. Es imposible, a mi entender, que alguien pueda hoy estimar el poder que agrega al concepto de las leyes de la naturaleza su relación implícita e innegable con la razón y con el progreso e intereses comunes que ligan a los hombres en la sociedad.

J. DEWEY,

Profesor de filosofía
en la Columbia University, N. York

El experimento social que actualmente se realiza en Rusia no es el único de su índole en la historia. Como doctrina, y a menudo como sistema político, el comunismo ha existido desde los albores de la civilización. El experimento comunista más antiguo de que se tiene memoria se llevó a cabo en el siglo décimotercio antes de Jesucristo. Innumerables veces desde entonces se ha puesto a prueba la doctrina social que aboga por la abolición de la propiedad privada; pero siempre ha rematado en el desastre, salvo casos excepcionales de sociedades comunistas fundadas en lazos religiosos. El comunismo nunca ha sido capaz de edificar instituciones políticas estables.

A. R. BANDINI

De J. M. Janes
Profesor de Economía
en la "University of North Dakota"

El individuo debe sufrir las consecuencias de su conducta, pues tal disciplina es benéfica para la humanidad. La caridad inconsiderada puede convertir la escasez en indigencia. Como dice el profesor Hadley:

Si mediante una caridad indiscreta o los diversos sistemas de socorro a los necesitados, dais a los hijos del inepto el derecho de devorar la substancia del apto y del prudente, perderéis no sólo el capital sino también la moralidad bajo la cual ese capital fué creado.

Adam Smith, con gran sentido común, decía que «no esperamos comer por la benevolencia del carnicero, el cervecero o el panadero, sino por la consideración que ellos dispensan a su propio interés» y que «únicamente los mendigos esperan vivir de la longanimidad de sus conciudadanos.» Las personas sensatas convendrán seguramente con estas ideas. Creía además

Smith que el hombre que busca su propio interés se siente

empujado por una mano invisible a procurar un fin que no formaba parte de sus intenciones. Persiguiendo su propio interés, procura frecuentemente el de la sociedad, con más eficacia que si éste hubiera sido su objeto. No he oído nunca mucho bueno realizado por aquellos que afectan preocuparse del bien público.

La elección no ha de ser entre el infierno de la plutocracia, por un lado, y el abismo profundo del socialismo por el otro, porque ninguno de ellos es necesario. La organización social y la iniciativa individual, la eficiencia y la personalidad no son términos contradictorios.

La única igualdad que es posible esperar consiste en la oportunidad para instruirse. Los hombres difieren en fuerza física, en capacidad intelectual y en aptitudes naturales, y reciben por lo tanto diversa remuneración. El hombre sobrio, industrioso y discreto progresa, mientras el holgazán, mani-rroto e imprudente queda pegado al

muro. Las diferencias de fortuna y posición se imponen, pero la razón y el remedio dependen en gran parte del individuo. Ninguna provisión legislativa ni ataque de orador callejero contra el «sistema» o el «capital» ha alterado jamás este principio fundamental. Ya desde ahora la remuneración se adjudica aproximadamente al mérito, y el progreso de este ideal mediante la remoción de obstáculos no disminuiría la desigualdad aun cuando provocara distribución más equitativa. Bajo cualquier sistema de distribución existirá la desigualdad, porque los hombres no están igualmente dotados, digan lo que quieran los teóricos. Un estado de igualdad perfecta es, hablando francamente, un espejismo, un fuego fatuo y un imposible mientras los hombres sean como son.

La verdad es que «si un hombre predica un sermón, escribe un libro o fabrica una trampa de ratones mejor que su vecino, aun cuando se oculte en medio del desierto, la gente formará una senda trillada hasta sus puertas.»

Las multitudes y los escogidos

El número de los tontos es infinito.

SALOMÓN (siglo XI antes J. C.)

Sabéis que no hay que atenerse a la opinión del mayor número, sino a la decisión de quien distingue lo justo de lo injusto.

SÓCRATES (siglo V a. J. C.), según *Platón*.

Sócrates.—¿No dividis el pueblo en juiciosos y en locos?

Alcibiades.—Sí.

Sócrates.—¿No llamáis juiciosos al pequeño número y locos al mayor?

Alcibiades.—Sí.

PLATÓN (comienzos del siglo IV a. J. C.)

La muchedumbre prefiere el desorden de la licencia a la decencia de la sabiduría.

El número es el derecho opuesto a la calidad.

ARISTÓTELES (siglo IV a. J. C.)

Deliberad con vuestros compatriotas, pero NO CONTÉIS LOS VOTOS SINO DESPUÉS DE HABERLOS PESADO. Estas palabras de Rousseau —siglo. XVIII—son casi una simple

traducción de otras de CICERÓN— siglo I antes de J. C.—: Non enim numero hæc judicantur, sed pondere.

El sabio no pregunta qué piensan los demás: no va con el pueblo. Semejante a esos astros que describen una ruta distinta de la descrita por las otras estrellas, se dirige por opiniones contrarias a las del *mayor número*.

SÉNECA (Siglo I, era cristiana)

Es preciso guardarse de dar crédito a las opiniones vulgares; es preciso juzgarlas por la vía de la razón, no por la vía común.

MONTAIGNE (siglo XVI).

Quien quiera portarse juiciosamente debe tener por sospechoso todo lo que agrade al *mayor número*... Y cuando, por batirlo o o pararlo, se le diga: «todo el mundo dice o cree o hace así», responda de corazón: «¡Tanto peor! Es la vuestra una mala razón. La estimo menos, puesto que todo el mundo la aprueba».

CHARRON (*De la sabiduría*, siglo XVI)

Con razón exclamó el griego: «¿Pues qué tontera he hecho?» al oír a su derredor una salva de aplausos.

F. BACON (siglo XVI).

Cuando se trate de una cuestión difícil,

lo creíble es que la verdad esté más bien de parte de la minoría.

DESCARTES (siglo XVII).

Si se da a todos el derecho de nombrar a todo el mundo, no serán la sabiduría y la autoridad, sino la turbulencia y la glotonería, quienes elevarán al rango y a la dignidad de senador a los más viles degradados de nuestras ciudades y de nuestros campos.

¿Son buenos para legisladores de una nación entera, seres que no saben lo que es ley y razón, justo o injusto, oblicuo o recto, lícito o ilícito, y que piensan que todo poder consiste en el ultraje, toda dignidad en la insolencia, y descuidan todo por satisfacer la corrupción de sus amigos o la vivacidad de sus resentimientos?

MILTON (siglo XVII).

¿Por qué se acata a la mayoría? ¿A causa de la razón? No, porque la fuerza está de su lado.

PASCAL (siglo XVII).

No aventurar a veces grandes necedades, es ignorar el gusto del pueblo.

LA BRUYÈRE (siglo XVII).

Con justicia se dice a menudo que las razones no deben ser contadas, sino pesadas.

LEIBNIZ (siglo XVII).

En este tribunal se cuentan los votos. Pero se dice que la experiencia ha probado que sería preferible atenerse a la minoría; lo cual sería bastante natural, pues hay pocos espíritus justos, mientras todo el mundo conviene en que hay una infinidad de falsos.

MONTESQUIEU (comienzos del siglo XVIII).

Hay que razonar con los sabios y nunca con el público. Hace mucho tiempo que la multitud ha sido comparada a un rebaño de ovejas.

ROUSSEAU (en 1753).

La canalla, no me importa. Seguirá siempre canalla. Cultivo mi jardín, sabiendo bien que debe haber sapos en él: ellos no impedirán a mis ruiñesores de cantar.

VOLTAIRE (1769)

Que el despotismo tenga una sola cabeza o que tenga 700, es siempre el despotismo. No conozco nada tan espantoso como la idea de un poder ilimitado concedido a una asamblea numerosa, así sea de sabios.

ROBESPIERRE (1792)

Todos los ambiciosos que han aparecido hasta hoy en el teatro de la Revolución, han tenido esto de común: han defendido los derechos del pueblo mientras han creído tener necesidad de él. Pero todos lo han considerado como un estúpido rebaño desti-

nado a ser conducido por el más hábil o por el más fuerte. Todos han considerado las asambleas representativas como cuerpos compuestos de tontos o de crédulos, que es preciso corromper o engañar, para que sirvan a los proyectos criminales de la ambición.

ROBESPIERRE (1793)

Por todas partes el error domina y se siente feliz y confortado al saber que tiene a la mayoría de parte suya.

GOETHE (Fin del siglo XVIII)

Es materialmente imposible que el pueblo en cuerpo ejerza la soberanía, porque es preciso hablar y obrar, para ser soberano, y el pueblo en cuerpo no puede ni razonar ni hacerse oír, así como no puede tampoco obrar sin derribarlo todo. El orador que se dice órgano del pueblo, miente, porque es él quien dirige por el momento la precaria voluntad del pueblo, en vez de ser dirigido por ella. El pueblo seducido adopta como suya la voluntad del ambicioso que se llama su órgano. De ahí nacen todos los desórdenes de los Estados populares y las extravagancias de sus revoluciones, que demuestran bastantemente que la soberanía—aun en un pequeño Estado—no es más que un vano fantasma, dirigido a su antojo por algunos demagogos ambiciosos.

El ejercicio de la soberanía del pueblo reunido es una quimera. Los ambiciosos

comienzan por influir en sus deliberaciones y acaban siempre por ahogar su libertad.

MOROGUES

Yo creo que dentro de poco sucederá a los partidarios del poder representativo lo que a los augures de Roma: que no podrán encontrarse sin reír.

BONALD (Comienzo del siglo XIX).

El menor de los inconvenientes de las discusiones públicas sobre las cuestiones de gobierno, es que esparcen más dudas que luz.

LAMENNAIS (comienzos del siglo XIX).

Una larga y triste experiencia ha suficientemente demostrado que las asambleas nacionales no han sido nunca sino una arma contra el pueblo, una máquina de impuestos. La libertad ha sido constantemente comprometida por las instituciones que debían defenderla.

BON BOUVIER DU MOLART

La democracia en el Gobierno es incapaz de prudencia: porque es, por naturaleza, violenta, guerrera y *bancarrotera*.

ROYER-COLLARD (en 1831).

«El despotismo de todos conduce al despotismo de uno solo» (Bonald). Este resultado es inevitable. Desde el origen social, no ha habido siquiera la sombra de una excepción.

COLINS (1.^a mitad del siglo XIX).

Poisson, uno de los hombres más geniales de la primera mitad del siglo pasado, considera el sistema representativo usual como UNA VERDADERA DECEPCION. (*Recherches sur la probabilité des jugements*).

Ya mucho antes, Laplace—el autor de la *Mécanique céleste*—afirmaba:

que para todo lo que no es incontestable como las cifras, y sobre todo para los que no conocen las cifras, el triunfo de las mayorías es siempre el triunfo de la ignorancia.

*
* *

...El objeto de los partidos debe ser vago, como las pasiones y las quimeras de quienes los componen.

Se puede esperar un acto de abnegación sublime de un hombre virtuoso, jamás de un partido en masa: los partidos no son nunca magnánimos.... No tienen más que intereses y ambiciones.

LAMARTINE

NOTA FINAL

Ha terminado oficialmente la jerigonza democrática costarricense para el cambio del personal de «gobierno». Ha triunfado el partido de dos colores acaudillado *ad hoc* por el Licenciado don Ricardo Jiménez Oreamuno y el señor don Jorge Volio.

Sírvase aceptar el candidato derrotado—don Alberto Echandi—la sincera enhorabuena del grupo de sostenedores morales de esta Revista.

1.º de Mayo de 1924.

Elías Jiménez Rojas